

ENIGMA DE LOS PERROS PRECOLOMBINOS

PABLO ANTONIO CUADRA
Poeta y Escritor Nicaraguense

Todos los cronistas coinciden en señalar, como las dos únicas especies de animales domesticados que los indios poseían, al perro mudo (caniscaribeaus), y al pavo. No sabemos bien si los tales pavos eran —en Nicaragua— los que ahora llamamos pavos de monte, especie muy bella y pintoresca, o las chachalacas. O quizá ambos. La escena del recibimiento de Diriangén a Gil González, con las filas de indias cargando pavos domésticos, nos reviven escenas de pueblitos chontaleños o de la costa del Pacífico, en que hemos visto indias con "chachalacas" educadas que se refugian, como palomas mansas, en los brazos de las mujeres.

Pero de los famosos perros mudos la especie se ha agotado, tanto en México como en Centro América. Quizás el apéfito es el culpable de su extinción. Porque ya Oviedo dice que el perro estofado era un plato delicioso. Bernal Díaz del Castillo también cuenta que "tenía los indios unos perrillos mudos muy buenos de comer". Otro cronista, Fray Diego de Landa, hablando de los animales de Yucatán dice que "ninguno era doméstico, salvo los perros, los cuales no saben ladrar ni hacer mal a los hombres, y a la caza, sí, que encaraman codornices y otras aves y siguen mucho a los venados y algunos son grandes rastreadores. Son pequeños y comíanlos los indios por fiesta. Dicen que tenían muy buen sabor".

Leyendo a Fray Bernardino de Sahagún, a Francisco Hernández, a Gómara, a Clavijero, se reúne un número confuso de clases de perros: el "chichi", el "sochiocooyotl", el "t'cuitzotl", el "itcuintepizotli", el "tepe-itzunintli", etc., etc. El nombre genérico era "itcuintli", o como decían los nicaragüenses: "el escuintli". Unos eran grandes, otros pequeños. Unos blancos, otros pardos, otros negros. Unos de largos hocicos, otros ñafos. Los llamados "xooloitzcuintli" (perro lucio) no tenían pelo alguno y de noche abrigábanlos con mantas para dormir. El "xochiocooyotl" (coyotito) debe haber sido alguna mezcla, como el perro policía, con el coyote salvaje. El "chichi" o "itlachichi" (en Costa Rica todavía se dice "chichi" para llamar a los perros) era redondito y de buena carne.

Pero el que todos conocemos es el "Tepe-itcuintli" o como hoy todavía decimos "Tepescuintle", nombre indio de la "guarda-finaja". Parece que este perro no pertenecía propiamente al gremio doméstico, sino que por asimilación se le llamaba así, pues en su propio nombre denota su salvajismo: Teec, significa cerro (o monte) e "itcuintli", perro o sea perro montaraz.

Lo que es misterioso y verdaderamente interesante es el sobrenombre de "guarda-finaja" con que en Nicaragua se le conoce. Leyendo a los mismos cronistas nos hemos encontrado que esta especie de perro se aliñaba y se enterraba junto a los muertos. En realidad cuando uno abre sepulturas indias, se encuentran con frecuencia, junto a las grandes zapatas de barro que contienen al difunto, pequeñas ollitas o tinajas conteniendo huesosillos, en gran cantidad, de mapachín y de guarda-finaja. ¿Sería esta peculiaridad de "guardar en

tinajas" al animalillo la que movió a los españoles a sobreponerle el extraño nombre que aun persiste?

Los perritos mudos, y entre nosotros, con preferencia, la guarda-finaja, eran el símbolo o la imagen de Xolotl, el dios que tomaba la forma de perro y que conducía y guiaba el alma de los muertos al cielo de las tinieblas, al "mictlán" (de mic: muerto; y tlán: tierra) de los nahuas. Por esta razón es que abundan la figura del perro adornando las ollitas funerarias (cabezas de perro forman en gran porcentaje las paitas de las vasijas y ollas de la región del lago) Y respecto a la cantidad de huesos de guarda-finaja que también se encuentran esparcidos en los túmulos funerarios indios, es consecuencia de las inmolaciones y sacrificios del perrito en ofrenda al dios para tornarle benigno. Seguramente —por los restos que hemos visto— habían verdaderos banquetes fúnebres.

La liturgia del entierro de la guarda-finaja junto al muerto consistía en amarrar un hilo de algodón al cuello del perrito muerto, o de su escultura en barro, y enterrarlo en su tinaja. Creían que tres o cuatro años después de la fecha de la muerte del hombre, el perrito volvía a la tumba, conocedor ya del camino, para dar auxilio a su amo en la travesía del pavoroso río. El difunto, cogido al hilo del cuello del perro, se dejaba arrastrar fácilmente por la mágica fuerza del "itcuintli". Y llegaba a la orilla de la inmortalidad. ¡Es hermoso este mito de la fidelidad imperecedera del perro!

Se nos ocurre que una de las razones de la desaparición de las especies de perros nativos americanos se debe a la terrible aparición de los perros europeos: mastines, dogos, etc., fieros animales que no deben haber congeniado con los primos mudos de América. Y entre los plefitos de perros y el apéfito mestizo acabaron con ellos.

Para dar una idea de esos primeros contactos, tan significativos, de hombres y animales de dos mundos, recordamos aquella anécdota de Cristóbal de Olid cuando la conquista de Michoacán. Resulta que algunos españoles, yendo a comerciar por aquellos lados de México, quisieron dejar buena impresión en el cacique Tzintzuntzan y le obsequiaron diez cerdos y un perro. Le dijeron que los cerdos eran para engordarse y comerse. Y que el perro sería para guardar a su mujer. (A lo mejor había ironía en la frase) El cacique miró aquellos raros monstruos y apenas partieron los españoles mandó llamar a los suyos y les preguntó: ¿Qué cosa son éstos? Y un hechicero, dijo: Ratones grandes parecen. Y el cacique se espantó de aquello y los mandó a matar porque traían mal agüero, y acabarían con todo, roedores tan monstruosos. Pagando justos por pecadores el perro fué también arrastrado por los charriales hasta matarlo.

Y es que un perro extraño, cayendo donde lo raro era considerado como cosa mágica, debía morir al punto de exterminar su agüero y para librarse de su poder.